

# Los anabaptistas

*William R. McGrath*

*Traducido por Son-Light Translations*

Publicadora Lámpara y Luz

Farmington, New Mexico, EE.UU.

**Acerca de la ilustración en la portada:** Un fiel hermano y seguidor de Jesucristo, Dirk Willems, vivió por el mandamiento de “Amad a vuestros enemigos, (...) haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que (...) os persiguen” (Mateo 5.44).

Las autoridades holandesas ordenaron la captura de este hermano anabaptista en 1569. Cuando Dirk vio al cazador de recompensas, él trató de escapar al cruzar el río congelado. Cuando el cazador de recompensas trató de cruzar el río, persiguiendo a Dirk, el hielo se partió y él cayó en el agua fría. Al ver que su perseguidor casi se ahogaba, Dirk regresó y lo rescató del agua helada. El cazador de recompensas, conmovido profundamente por esta demostración de amor, quiso dejarlo que se fuera libre. Pero desde la otra orilla el burgomaestre le ordenó que capturara a Dirk.

Después de varias semanas, cuando llegó el día de la ejecución de Dirk, un fuerte viento del oriente sopló sobre la llanura. Dirk estaba atado en la hoguera para ser quemado vivo, pero a causa del viento el fuego fue apartado de la parte de arriba de su cuerpo. Él sufrió terriblemente mientras las llamas le quemaban sus piernas. En el pueblo cercano de Leerdam, las personas lo escucharon exclamar más de setenta veces: “¡Oh, mi Señor, mi Dios!”

Finalmente, el juez, desde su caballo, le dijo al verdugo: “Despacha al hombre con una muerte rápida”.

Dirk soportó fielmente este último sufrimiento de su vida y de seguro ha recibido la corona de la gloria eterna.

## Nota

Debemos aclarar que cuando usamos el término “Iglesia” (con una “I” mayúscula) en esta obra, nos estamos refiriendo a la Iglesia institucional, o sea, nos referimos a los impresionantes (a los ojos humanos) cuerpos de cristianos profesos. Hasta qué punto la Iglesia institucional coincide con la pura e indefensa “iglesia” (con “i” minúscula), eso nos complace dejarlo en manos de Jesús.

---

Edición original: *The Anabaptists, Neither Catholics nor Protestants*  
© 2004 Lamp and Light Publishers, Inc.

Publicadora Lámpara y Luz  
26 Road 5577  
Farmington, NM 87401

© 2005 Publicadora Lámpara y Luz  
Todos los derechos reservados  
Primera impresión 2005  
Impreso en los Estados Unidos de América

# Los Anabaptistas

*Ni católicos  
ni protestantes*

El título de este libro de algún modo puede parecerle extraño a un lector que tenga la opinión corriente pero errónea de que sólo existen dos tipos de cristianos: los protestantes y los católicos. En un principio el término “protestante” se aplicó a un grupo de príncipes germanos de los primeros años del siglo XVI que quisieron resolver los asuntos religiosos de sus propios territorios como a ellos les parecía conveniente, sin ninguna interferencia de Roma o de cualquier otra autoridad superior. Cuando el emperador les negó este derecho, ellos *protestaron* e insistieron en convertir a la iglesia en sus territorios en un departamento del gobierno. Debido a que la mayoría de estos príncipes profesaban “la doctrina reformada” (o sea, ellos estaban a favor de las enseñanzas de Lutero y Calvino, a diferencia de las enseñanzas de la Iglesia Católica Romana), el nombre aplicado a ellos (“protestantes”) llegó a ser el nombre aplicado generalmente al partido y al programa de los famosos reformistas.

Sin embargo, muchas iglesias evangélicas en la actualidad rechazan el nombre de “protestantes” y no desean tener ninguna relación con el mismo. ¡De hecho, muchos cristianos piadosos que vivieron durante la misma época de los reformistas no sólo rechazaron el nombre, sino que también repudiaron muchas de las enseñanzas de los propios reformistas famosos! Cabría, pues, preguntarnos: *¿Por qué ellos se negaron a identificarse con el movimiento protestante?* Podemos encontrar la respuesta a esta pregunta en un estudio breve de la historia de la iglesia.

Para comprender por qué los anabaptistas se negaron a identificarse con el protestantismo, nosotros debemos comprender los problemas que estaban detrás de todo el movimiento de la Reforma del siglo XVI.

La Iglesia Católica se encontraba en una condición muy decadente. La misma toleraba muchos abusos no bíblicos e incluso los defendía dogmáticamente por medio de sus sacerdotes y papas. Al examinar de forma minuciosa el panorama de la época, nosotros encontramos ocho violaciones flagrantes de la escritura que pedían a gritos ser corregidas:

- 1. El sistema de las indulgencias.** La Iglesia Católica afirmaba tener el derecho de eximir a la gente del castigo de sus pecados e incluso de liberar a sus seres queridos de los fuertes castigos del “purgatorio” si ellos hacían cierto “sacrificio” (que por lo general era el pago de alguna suma de dinero por un certificado de indulgencia emitido por la Iglesia). Esta práctica se hizo tan corrupta que hasta incluía una licencia previa para pecar a cambio de una suma de dinero.
- 2. El sistema de la penitencia, la confesión y las buenas obras meritorias.** A los católicos se les enseñaba que la Iglesia podía perdonar los pecados si la gente los confesaba a un sacerdote y luego llevaban a cabo las penitencias que él les asignara, tales como ayunar por un período de tiempo o darles dinero a los pobres.
- 3. La adoración de los santos, de María y de las imágenes o reliquias.** A las personas comunes se les enseñaba que ellas podían asegurar la intercesión con Dios por medio del rezo y la petición a María y a los santos, así como que Dios se agradaba por la veneración de las imágenes, las reliquias (recuerdos de los santos muertos) y los rezos por los muertos.
- 4. La magia sacramental.** La Iglesia enseñaba que las aguas del bautismo debidamente administradas hacían nacer de nuevo a los infantes (y que un infante que muriera sin semejante tratamiento nunca podría ver a Dios) y que el pan y el vino de la comunión eran realmente el cuerpo y la sangre de Cristo, en lugar de ser simplemente símbolos para recordarnos su sacrificio.
- 5. El monaquismo, el celibato y el ascetismo.** La Iglesia apoyaba un doble estándar de la vida cristiana: un estándar muy estricto

para los monjes, los sacerdotes y las monjas y otro estándar mucho menos exigente para el laicado, debido a la teoría de que sólo unos pocos eran llamados a ser discípulos y que por medio de sus vidas piadosas ellos podían expiar los pecados de los miembros comunes. Este sistema desarrolló muchos abusos inmorales.

6. **El sistema sacerdotal**, que sostenía que los obispos y los papas tenían la autoridad de interpretar y anular la autoridad de las escrituras. Esto trajo como resultado el auge de una jerarquía “infalible”, o sea, una maquinaria eclesiástica que inventaba sus propias leyes y definía como “hereje” a todos los disidentes, convirtiendo al sacerdote en el intercesor entre Dios y el hombre, desplazando a Cristo o haciéndolo asequible sólo por medio del servicio del sacerdote.
7. **El uso de la violencia física en los asuntos religiosos.** La Iglesia Católica empleaba la fuerza al torturar, encarcelar, perseguir y hacer que el estado matara o desterrara a aquellas personas cuyas conciencias y fe no estaban en conformidad con Roma.
8. **Una Iglesia de las masas.** Todo aquel que fuese bautizado siendo niño era automáticamente un miembro, sin tener en cuenta si era nacido de nuevo y si vivía o no la vida cristiana. La membresía de la Iglesia consistía en toda la población del estado.

Estas ocho violaciones flagrantes de la escritura constituían el problema fundamental que enfrentaba cualquier reforma. Cualquier reformista tenía que enfrentarse a cada uno de estos ocho aspectos y restaurar la Iglesia a la verdad bíblica en cada área de corrupción.

Por último, pero no para ser pasado por alto, estaba la posición económica y social de la Iglesia en la sociedad medieval: la Iglesia era dueña de más de un tercio de todos los bienes raíces en Europa, recaudaba un tributo anual obligatorio de cada persona, ya fuese una persona de rango o no, y encauzaba hacia Roma enormes sumas de dinero desde todos los países. Los homenajes políticos y los impuestos eran exigidos a los reyes y a los príncipes bajo la amenaza de la excomunión y la revolución, y la Iglesia mantenía las fuerzas

militares bien armadas e incluso contratava ejércitos para hacer cumplir sus decisiones. La Iglesia dirigía “cruzadas” contra los gobernantes desobedientes, “los herejes” y los países paganos que parecían maduros para la conquista y el saqueo. La Iglesia era un súper estado que tenía en su poder tanto a los grandes como a los insignificantes gobernantes de Europa.

A medida que el nacionalismo comenzó a desarrollarse, los gobernantes y los miembros de la nobleza se quejaron más y más del superpoder nacional e internacional y de la interferencia imperialista de la Iglesia, y comenzaron a desear quedarse con los impuestos que salían de sus tierras hacia Roma, nombrar a sus propios miembros del clero (quienes obedecerían directamente a sus reyes y príncipes, en lugar de obedecer a Roma) y confiscar y saquear las grandes propiedades de la Iglesia (para “nacionalizarlas” de la manera en que los negocios extranjeros son a menudo “nacionalizados” hoy en los países latinoamericanos). Una verdadera reforma tendría que ser aquella que no sólo corregiría los abusos religiosos, sino que también destruiría el poder de Roma (o de cualquier otra Iglesia) de interferir en los asuntos internos de cualquier nación. Las condiciones estaban en su punto para la revolución y el cambio. Todo lo que faltaba era un líder religioso que proveyera la “teología” para la nacionalización y que se adueñara del entusiasmo popular. Semejante líder pronto aparecería.

Martín Lutero comenzó su carrera en la reforma sin apenas percatarse de las enormes consecuencias de sus actos. Se pueden determinar cuatro períodos en su vida y obra:

1. **El Lutero joven y liberal** que se pronunció por la libertad y acaparó la atención popular por su posición valiente a favor de la libertad de conciencia en contra de la esclavitud y la coacción papal.
2. **El Lutero posterior**, desilusionado por la ola de revolución económica y social y el auge del fanatismo religioso radical; el Lutero que vaciló entre dos opiniones: si fundar una iglesia compuesta solamente de los nacidos de nuevo o si simplemente tratar de mantener intacto el tejido de la sociedad medieval por medio de otra Iglesia de las masas, la cual sería controlada por el príncipe en lugar del Papa.

**3. El Lutero adaptable**, desalentado por la propagación del fanatismo y la revolución económica, quien adaptó las necesidades de su Iglesia a las exigencias políticas, sacrificando la conciencia por la conveniencia, ganándose la amistad de los príncipes y los miembros de la nobleza y hablando severamente en contra de los campesinos rebeldes.

**4. El Lutero socialmente archiconservador** que “le confirió al príncipe piadoso y al poder civil aquella autoridad que anteriormente había reclamado la Iglesia de Roma”.<sup>1</sup>

Toda nuestra simpatía le pertenece al joven Lutero que quemó la bula papal de excomunión y el libro de la ley canónica, repudiando así el sistema papal en su conjunto con toda la autoridad hecha por la mano del hombre, el joven Lutero que dijo: “Aquí estoy. No puedo hacer nada más, ya que ni es seguro ni correcto ir en contra de la conciencia. Ayúdame Dios.” Lutero esperaba morir como un mártir. Sin embargo, él iba a vivir y a cambiar para, con el tiempo, sugerir que otros hombres debían ser ejecutados por causa de sus conciencias. La vida y obra de Lutero es similar en muchos aspectos a la de otros grandes reformistas que comenzaron bien, clamando: “De vuelta a la Biblia,” pero quienes pronto se dieron cuenta que mucho más que la opinión religiosa estaba en juego en una reforma radical. Uno tras otro, gradualmente, se fueron comprometiendo, inclinándose más y más hacia los propios intereses nacionalistas de reyes y príncipes y de los consejos de la ciudad que deseaban quitarse de encima el yugo político y económico de la interferencia papal. Examinemos cada una de las ocho violaciones católicas flagrantes de la escritura y veamos cómo los reformistas protestantes trataron con cada una de ellas.

Todos los reformistas famosos abolieron el sistema papal de las indulgencias, enfrentándose atrevidamente y con valentía al primer gran abuso. Ellos pusieron énfasis en la enseñanza de la Biblia de que ninguna Iglesia tiene el poder de conceder una “indulgencia” para disminuir o perdonar el castigo por el pecado cometido o de ayudar en cualquier manera a los ya fallecidos y condenados. Sin embargo, lamentablemente, el énfasis de los reformistas protestantes en *sola fide* (la salvación por medio de la fe solamente; “sólo cree”), por lo general

---

<sup>1</sup> La revista *Liberty* (“Libertad”), Tomo 50, N° 2; p. 28 (resumen por J. M. Dawson).

fue entendido y practicado como un tipo de “indulgencia protestante” para pecar. El resultado fue que un sistema de indulgencias fue abolido sólo para ser sustituido por otro. Un teólogo luterano moderno, Dietrich Bonhoeffer, escribe acerca de este resultado lamentable y usa las siguientes palabras, llamando a esta “indulgencia protestante” para pecar por el nombre de “gracia barata”:

La gracia barata es la justificación del pecado sin la justificación del pecador. La gracia lo hace todo, dicen ellos y, por tanto, todo puede quedarse como estaba antes. (...) El mundo continúa en la misma forma antigua y nosotros todavía somos pecadores, “incluso el que mejor viva”, como dijo Lutero. Entonces, pues, que el cristiano viva como lo hace el resto del mundo, que se guíe por los patrones del mundo en cada esfera de la vida y que no presuma de vivir una vida diferente bajo la gracia de su antigua vida bajo el pecado. Esa fue la herejía de los entusiastas anabaptistas o los de su clase (...). La gracia barata es la predicación del perdón sin requerir el arrepentimiento, el bautismo sin la disciplina de la iglesia, la comunión sin la confesión, la absolución sin la contrición. La gracia barata es la gracia sin el discipulado, gracia sin la cruz, gracia sin Jesucristo, viviente y encarnado [en el creyente] (...). Nosotros los luteranos nos hemos juntado como las águilas alrededor del cadáver de la gracia barata y allí nos hemos tomado el veneno que ha matado la vida de seguir a Cristo. Es cierto, por supuesto, que le hemos pagado a la doctrina pura de la gracia divina un honor que no tiene paralelos en el cristianismo. En realidad, nosotros hemos exaltado tal doctrina hasta el mismo nivel de Dios. Dondequiera la fórmula de Lutero era repetida, pero su verdad fue pervertida en un autoengaño. ¡Mientras nuestra Iglesia mantenga la doctrina de la justificación no hay dudas de que la misma sea una Iglesia justificada! Eso fue lo que ellos dijeron, pensando que debemos vindicar nuestra herencia luterana al hacer que esta gracia esté al alcance en la forma más barata y en los términos más fáciles. Ser “luterano” debe significar que le dejamos el seguir a Cristo a los que creen en la ley absoluta de Dios, a los calvinistas y a los anabaptistas... y todo esto por la gracia. Nosotros justificamos al mundo y condenamos como herejes a aquellos que trataron de seguir a Cristo. El resultado fue que una nación se convirtió en cristiana y luterana, pero al costo del verdadero discipulado. El precio al cual estaba llamado a pagar fue muy barato. La gracia barata había ganado.<sup>2</sup>

Estas palabras tan alarmantes no son las de un adversario de Lutero,

---

<sup>2</sup> Bonhoeffer, Dietrich: *The Cost of Discipleship* (“El costo del discipulado”), pp. 37–38, 47.

sino que son la confesión sincera de un teólogo luterano moderno que ve el colapso de semejante protestantismo vacío en la Alemania nazi, donde la gran mayoría de los miembros de la Iglesia apostataron para seguir a un dictador moderno anticristiano, demostrando que el cristianismo alemán era sólo superficial. No obstante, no pasaron cuatrocientos años antes que alguien se diera cuenta de este tipo de cristianismo superficial. Los anabaptistas, contemporáneos de Lutero, inmediatamente se percataron de la falacia de esta doctrina de “sólo cree”. En los escritos de los anabaptistas, podemos leer numerosas expresiones como la siguiente, escrita por Menno Simons (un antiguo líder anabaptista):

Ellos [los reformistas] consuelan a la gente con la enseñanza de que Cristo ha pagado por nuestros pecados, que sólo la fe debe ocupar nuestra atención, que somos pobres pecadores y no podemos guardar los mandamientos de Dios. Estos y otros consuelos similares hacen que todos de manera egoísta busquen la libertad de la carne por medio de la nueva doctrina. Ellos permanecen en el camino antiguo y corrupto del pecado, en una vida sin cambios, sin ningún temor de Dios, como si nunca en sus vidas ellos hubiesen escuchado una sílaba de la palabra del Señor y como si Dios no castigara la maldad y la injusticia.<sup>3</sup>

Por lo general, los estudiosos concuerdan que uno de los frutos de la Reforma fue una decadencia innegable en la moralidad de toda Europa dondequiera que la doctrina de “sólo cree” se difundió entre la gente común. Menno Simons observó este deterioro moral general con tristeza e indignación:

Sin embargo, por medio de la predicación de su evangelio comprometedor, semejante libertad desordenada e imprudente es tan evidente en toda Alemania que no puedes amonestarlos por su franca impudicia, intemperancia, blasfemias y juramentos, lujuria y palabras groseras sin ser obligado a escuchar que eres un separatista, vagabundo, fanático, una persona que cree que puede salvarse por su propias buenas obras, anabaptista y otros términos de reproche e insulto.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> *The Complete Works of Menno Simons* (“Obras completas de Menno Simons”), p. 283.

<sup>4</sup> *The Complete Works of Menno Simons* (“Obras completas de Menno Simons”), p. 251.

Al analizar el segundo abuso evidente del catolicismo, una vez más nos regocijamos al ver que al principio los reformistas famosos rechazan completamente el sistema no bíblico de la penitencia, la confesión y las obras meritorias como una expiación por el pecado. Sin embargo, pronto también se hace evidente, a medida que estudiamos sus escritos y las prácticas de sus seguidores, que aunque ellos abolieron las buenas obras como meritorias o capaces de expiar el pecado, no siempre dejaron clara la verdad de las buenas obras como resultado de la salvación y de permanecer en Cristo. Lutero sustituyó la penitencia por un concepto pesimista casi morboso de pecado *continuo* y arrepentimiento *continuo*. Los anabaptistas también rechazaron este concepto al considerarlo una doctrina inmoral, y aunque ellos enseñaron claramente la necesidad continua del arrepentimiento y la humildad delante de Dios, ellos no vacilaron en suponer que era posible vivir la vida cristiana y que también era posible para el creyente nacido de nuevo obedecer los mandamientos de Dios y ser agradable delante de los ojos de Dios por medio de una obediencia como la de un niño (véase 1 Juan 3.22). Uno de sus versículos favoritos era 1 Pedro 3.21, el cual habla del bautismo como “la aspiración de una buena conciencia hacia Dios”. Uno de sus tratados más hermosos, *Dos tipos de obediencia*, enfatizaba el hecho de que en realidad existe una obediencia legalista que es servil, pero que también existe la obediencia filial de un verdadero hijo de Dios nacido de nuevo, para quien guardar los mandamientos de Dios no es gravoso, sino más bien una expresión de amor hacia el Padre (véase Juan 15.10–11; 1 Juan 5.3). En lugar del concepto protestante del pecado continuo y del arrepentimiento continuo, los anabaptistas enfatizaban el hecho del poder de Dios que guarda, la necesidad del discípulo nacido de nuevo de rendirse a Dios y de siempre estar dispuesto a confesar y apartarse del pecado cuando falla. A medida que vemos estas cosas en la historia de la iglesia, se nos recuerda una vez más que destruir o abolir una falsa doctrina no es suficiente; también tenemos que asegurarnos de restaurar la verdadera doctrina bíblica. Al evitar tanto el legalismo como el perfeccionismo radical y altivo, los anabaptistas insistieron en la obediencia como la de un niño en las vidas de los discípulos nacidos de nuevo y no adoptaron la opinión morbosamente pesimista que sostenían muchos de los reformistas.

Si una sola palabra pudiera resumir la piedad y la práctica de los primeros anabaptistas, nosotros deberíamos escoger la palabra “discipulado”. Su concepto del discipulado incluía una resignación apacible y gozosa del alma hacia Dios en perfecto descanso y tranquilidad del corazón aun cuando el mundo pudiera estar profiriendo abusos, insultos, persecuciones y amenazas. Esta resignación es completamente diferente a la resignación amarga de desespero, que se deriva de una entrega imprudente a la doctrina de “sólo cree”, haciendo caso omiso del pecado, que caracterizaba a una gran parte de la piedad y práctica protestantes. *El discipulado* para los anabaptistas incluía ese gozo profundo y apacible del alma que descansa en Cristo, rendido con gozo y en paz como estando en un mar profundo de calma cuando por todas partes todo es tribulación, sufrimiento, rechazo y calumnia. A eso se refirió nuestro Señor en Juan 16.22 y 33: “Nadie os quitará vuestro gozo”, y “para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”. Es la experiencia preciosa de permanecer en Cristo y Cristo permanecer en el creyente, un vínculo de amor imperturbable por las circunstancias externas.

Al considerar la tercera área de los abusos católicos, el sistema de adoración de los santos, las imágenes y María, nos alegramos al ver que los reformistas famosos rechazaron todos estos abusos e incluso destruyeron, con un gran celo, las imágenes, los ventanales de vidrios de color, las pinturas, los altares y las estatuas. Zwinglio, Knox y Calvino fueron especialmente celosos en esta especie de iconoclasia. Ellos expulsaron de las iglesias todas las “ayudas estéticas para adorar”; echaron por tierra los instrumentos musicales, los coros y los ornamentos. Sin embargo, Lutero no fue tan lejos, sino que retuvo muchas cosas de la ceremonia de la misa, las velas, los órganos y muchos otros artículos del servicio de adoración católico. Un cambio bastante rotundo tuvo lugar en esta área, aunque posteriormente John Wesley puso en tela de juicio la reforma inconclusa en Inglaterra, acusando la mundanería y el nacionalismo de los protestantes de la siguiente forma:

¿Acaso ustedes están más libres de la idolatría que los papistas? En realidad, puede ser que la de ustedes se manifieste de forma diferente. No obstante, ¡cuán poco esto ayuda! Ellos ponen sus ídolos en sus iglesias; ustedes ponen los suyos en sus corazones. Los ídolos de ellos están sólo

cubiertos con oro y plata, pero los de ustedes son de oro macizo. Ellos adoran el retrato de la reina del cielo; ustedes el retrato de la reina o el rey de Inglaterra. Por otra parte, ellos idolatran a un hombre o a una mujer fallecida, mientras que el ídolo de ustedes aún está vivo. ¡Oh, cuán pequeña es la diferencia en la presencia de Dios! Cuán pequeña preeminencia tiene el adorador del dinero en Londres sobre el adorador de imágenes en Roma; o el ídola de un pecador vivo sobre aquél que ora a un santo fallecido.<sup>5</sup>

Mientras que Lutero y muchos de los protestantes siguieron el principio de rechazar sólo aquellas cosas que específicamente eran contrarias a la escritura, los anabaptistas por lo general siguieron el principio de rechazar todo lo que no se mandaba específicamente en las escrituras. Este principio no quiere decir que ellos creían que la iglesia no tiene derecho a hacer aplicaciones bíblicas, sino que simplemente la iglesia no tiene el derecho a introducir prácticas ajenas e innecesarias que no tengan fundamento bíblico.

Resulta particularmente lamentable ver cuán fácilmente las masas nominalmente protestantes cambiaron de la adoración de los santos a la adoración de héroes, glorificando a reyes, príncipes y a otros héroes nacionales. Esto también es idolatría, como Wesley destaca en la cita anterior. No podemos subestimar la influencia masiva del nacionalismo carnal en la formación de la Reforma protestante en país tras país. En un país como Inglaterra, donde el reformista fue el vil e inmoral Enrique VIII, adúltero, borracho y tirano, la Reforma tomó las dimensiones de un simple saqueo nacionalista de las riquezas y propiedades de la Iglesia Católica.

Volviendo al cuarto gran error católico, o sea, al que se refiere a la magia sacramental, la enseñanza de que Dios dio su gracia regeneradora sólo en las aguas bautismales administradas por el sacerdote (por lo general a infantes) y que Cristo realmente estaba presente en el pan y el vino de la cena del Señor, nos desalienta saber que ninguno de los reformistas famosos repudió el bautismo de infantes ni la regeneración bautismal. Casi todos ellos en cierto momento de su carrera cuestionaron la práctica, pero uno tras otro decidió que sería “necesario” retener esta doctrina y práctica no

---

<sup>5</sup> *Great Voices of the Reformation* (“Gran voces de la Reforma”), p. 533.

bíblica. La razón que explicaba esto era que si se rechazaba el bautismo de infantes y sólo los creyentes eran admitidos al bautismo a partir de su confesión voluntaria de fe, entonces esto haría solamente una iglesia muy pequeña. Si la membresía era puramente voluntaria, entonces no muchas personas se unirían a la iglesia; habría sólo unos pocos cristianos y la sociedad se derrumbaría, o al menos eso debieron haber pensado los reformistas. Ellos optaron por una Iglesia de las masas en la cual todos los nacidos en el país eran bautizados y automáticamente se convertían en “cristianos”. Teniendo en cuenta que los infantes no pueden tener fe, entonces esta era una decisión muy pobre según la escritura, pero era una decisión tomada por conveniencia política y social. Del mismo modo, en cuanto a los símbolos de la comunión, sólo una minoría de los reformistas optó en contra de la idea que Cristo estuviera físicamente presente, y Lutero insistió fervientemente en que los símbolos eran realmente Cristo. De manera que la Iglesia consistía en los que estaban bautizados como infantes, los que estaban de acuerdo con la teología de los reformistas (“sólo cree”) y los que comían y bebían a “Cristo” al celebrar la santa cena. Los anabaptistas rechazaron completamente cualquier bautismo que no fuera el bautismo sobre la confesión de fe y se negaron a considerar los símbolos de la santa cena como más que sólo símbolos. De modo que los anabaptistas repudiaban la magia ceremonial mientras que los protestantes estaban confundidos y divididos en el asunto; muchos de ellos creyeron que Dios realmente concedía la gracia sólo por medio de los propios sacramentos y mediante la predicación correcta de la doctrina de “sólo cree”.

En quinto lugar, nosotros debemos considerar si los reformistas reformaron o no las instituciones católicas romanas del monaquismo, el celibato y el ascetismo. Aunque en la actualidad ciertos sectores del protestantismo han revivido el monaquismo y el celibato como vocaciones especiales para una minoría especial, en sentido general los reformistas simplemente dejaron de hacer énfasis en un estándar estricto para los elegidos junto a un estándar poco exigente para las masas, y lo sustituyeron por un estándar poco exigente para todos, conduciendo así a un deterioro moral generalizado que ya hemos notado en las palabras de Menno Simons citadas anteriormente.

En realidad, no ayudó mucho a la causa de Cristo el hecho de destruir el doble estándar para luego sustituirlo por algo que no era más que un rechazo general de las leyes absolutas de Dios. Los anabaptistas rechazaron tanto el doble estándar del catolicismo como la mundanería antinómica del protestantismo, y restauraron un estándar completamente bíblico del discipulado para todos los hijos de Dios nacidos de nuevo. Donde los hombres han relajado los altos y sagrados estándares del Nuevo Testamento, enseñando que los mismos no se aplican a todos los miembros de la iglesia, entonces se pierde inevitablemente la disciplina; y cuando se pierde la disciplina también se pierde el discipulado, el señorío de Cristo y finalmente la propia salvación.

Al considerar el sexto gran abuso católico, o sea, el referido al clericalismo y la autoridad de los papas, de los obispos y de los consejos, somos alentados por el clamor de los reformistas de “de vuelta a la Biblia”. Sin embargo, al examinar los hechos, su verdadera piedad y práctica, nos desalentamos al descubrir nuevamente una traición de la causa de la verdadera reforma. Aunque una de las consignas de los reformistas era el concepto del sacerdocio de todos los creyentes, lo cierto es que ellos definitivamente prohibieron que alguien predicara y testificara si no era ordenado por la maquinaria política y eclesiástica oficial. Una y otra vez, Lutero atacó a los predicadores “no autorizados” de los anabaptistas, a quienes él despectivamente llamó “predicadores de los vallados”. A menudo se dice que los reformistas introdujeron la libertad religiosa, pero los hechos demuestran que esto estaba lejos de la verdad. Ellos persiguieron a todos los que no estuvieron de acuerdo con ellos. Lutero incluso insultaba a los otros reformistas que no estaban de acuerdo con él. El historiador protestante, Hallam, refleja el juicio de los estudiosos imparciales cuando escribe de Lutero:

Un dogmatismo desenfrenado, basado en una confianza prácticamente absoluta en la infalibilidad de su propio juicio, caracteriza a sus escritos. No se muestra indulgencia alguna, no hay lugar para la vacilación, cualquier cosa que se oponga a sus decisiones (los padres de la iglesia, los escolásticos y filósofos, los cánones y los consejos) es barrida en una serie de declaraciones impetuosas. Y teniendo en cuenta que todo lo contenido en la escritura, según Lutero, es de fácil comprensión y sólo puede entenderse en su juicio, cualquier desviación de su doctrina

incurrir el anatema de la perdición. Numerosos pasajes de los escritos de Lutero más que insinúan que los seguidores de Zwinglio, así como toda la Iglesia de Roma, y los anabaptistas, fueron excluidos de la salvación porque no creían la doctrina correcta.<sup>6</sup>

Otro estudioso, John L. Stoddard, fue forzado a arribar a la misma conclusión debido a los preocupantes hechos en la vida y los escritos de Lutero.

Comúnmente se dice que Lutero inauguró el derecho a la libre investigación. Nada es más lejos de la verdad. Él *habló* acerca de ello como una razón por abandonar las tradiciones de la Iglesia, pero él hizo todo lo posible por traer una completa sujeción a la irrefutable Biblia *de la forma que él la interpretó*. De manera que él instituyó un Papa impreso en la página escrita en lugar de un Papa de carne y sangre. Además, *puesto que él se constituyó a sí mismo el intérprete autoritario de la Biblia, él prácticamente se autoproclama infalible*. Uno de los contemporáneos de Lutero, Sebastian Frank, escribió en un tono triste: “Incluso bajo el domino papal uno tenía más libertad que ahora”.<sup>7</sup>

Esta intolerancia tiránica tampoco se limitó a Lutero. Todos los reformistas famosos la exhibieron, desde Juan Calvino, quien hizo quemar en la hoguera a Servet (su adversario teológico) hasta Ulrico Zwinglio, quien obligó a su antiguo amigo Hubmeyer a que renunciara a su doctrina y a su firmeza de conciencia bajo tortura y amenaza de muerte. Lejos de restaurar el sacerdocio de todos los creyentes e instituir una nueva libertad religiosa, todos los reformistas famosos trataron de imponer sus propias interpretaciones por medio de la fuerza y al intimidar a sus adversarios mediante amenazas para que guardaran silencio. Esta situación desafortunada trajo como resultado grandes olas de persecución y guerras civiles devastadoras.

Finalmente, después de tanta confusión y derramamiento de sangre, se hizo un esfuerzo por llevar a cabo cierta paz por medio de un compromiso. Se adoptó el principio *cujus regio, ejus religio* (cada gobernante puede establecer su propia religión), según el cual la religión del gobernante iba a convertirse en la religión oficial de su territorio. “La libertad de conciencia”, dice la *Enciclopedia Británica*,

---

<sup>6</sup> Hallam, *Literature of Europe* (“La literatura de Europa”), Tomo I, p. 372.

<sup>7</sup> Stoddard, J. L. *Rebuilding a Lost Faith* (“Reedificando una fe perdida”), pp. 97–98.

“quedó así establecida sólo para los príncipes y su poder se hizo supremo tanto en la religión como en los asuntos seculares”.<sup>8</sup> Este fue un principio poco alentador que simplemente le dio al creciente nacionalismo su carta de supremacía y sentó las bases para aquella especie de estatismo totalitario y absoluto que incluso en la actualidad está dando frutos perjudiciales. Bajo los católicos, los gobernantes al menos temblaban ante la posibilidad de la crítica y la interferencia de la Iglesia, pero la Reforma convirtió a los gobernantes en los jefes de las Iglesias en sus propias tierras, y *toda* crítica fue silenciada. Sin embargo, los anabaptistas no sólo creyeron en el sacerdocio de todos los creyentes, sino que también lo *practicaron* con intrepidez, y se suponía que cada miembro testificara del amor y del señorío de Cristo y en contra del pecado. Por consiguiente, ellos fueron acusados de traición, actividad subversiva y herejía. Fueron casi aniquilados en persecuciones sangrientas ordenadas por los gobernantes que patrocinaban una Iglesia sumisa del estado... pero que no toleraban una iglesia intrépida de los profetas de Dios. Ellos tuvieron el mismo destino que tuvo Juan el Bautista antes que ellos y por la misma razón.

El séptimo gran error católico era el sistema del uso del poder, la violencia y la coacción contra los que no estaban de acuerdo con Roma en términos religiosos. Los reformistas famosos no hicieron ningún intento por eliminar este terrible principio anticristiano. Todo lo contrario, ellos lo explotaron al máximo. Un historiador bautista contemporáneo ha narrado los hechos de manera concisa:

Todos los reformistas prominentes, quienes tan heroicamente liberaron a la iglesia de la Iglesia Católica Romana y del Papa, le impusieron a la gente una Iglesia oficial del estado dondequiera que ellos fueron, y la verdadera iglesia local soberana del Nuevo Testamento que estaba a favor de una libertad religiosa absoluta fue perseguida por estas Iglesias del estado de los reformistas. Esto se cumplió en Lutero, quien impuso una Iglesia oficial del estado en Alemania; Zwinglio (...) en Suiza; Juan Knox (...) en Escocia; Enrique VIII (...) en Inglaterra; [y Juan Calvino en Ginebra, cuyo consistorio no fue más que una inquisición

<sup>8</sup> *Enciclopedia Británica* (1935), Tomo 23, p. 15.

<sup>9</sup> Tulga, C. E., *The New Testament Doctrine of the Church* (“La doctrina neotestamentaria de la iglesia”), de la introducción.

atrevida]. ¡Todos ellos se convirtieron en perseguidores como lo fue Roma antes que ellos!<sup>9</sup>

No puede negarse que esto es una realidad histórica, aunque muchos de los que rinden culto a los héroes Protestantes de una u otra forma han tratado de justificar a los reformistas de las Iglesias oficiales del estado, librándoles de la culpa de estas persecuciones y del derramamiento de sangre. Una de las excusas más comunes es que fue una época difícil y brutal, y que todos actuaron de igual manera. En 1950, fue publicado en Suiza un libro titulado *Christianity and Fear* (“El cristianismo y el temor”) en el cual el autor, Óscar Pfister, analiza en detalles los crímenes de los reformistas. Con relación a Calvino, él escribe la siguiente evaluación que se aplica a todos ellos:

Un estudio del período [de la Reforma] revela que muchos eruditos de la época, hombres con seguidores que en muchos casos ascendieron a muchos miles, se opusieron celosamente a las persecuciones de los “herejes” y, en el nombre del evangelio, demandaron un tratamiento piadoso. [Prominentes entre ellos estaban] (...) los anabaptistas. Calvino conoció a la mayoría de estos hombres elocuentes, inspirados por el amor, pero la oposición de ellos a la persecución de los herejes no causó la más mínima impresión en él. Por tanto, debe ponerse fin a la mentira antigua de que las crueldades de Calvino se justifican por el ánimo de la época. Y nos asombramos con la gran falta de lógica del lógico [Calvino], cuya indignación creció en contra de la persecución de los protestantes en los países católicos y quien, sin embargo, se mostró tan despiadado con los supuestos herejes.<sup>10</sup>

Los anabaptistas protestaron en contra de esta actividad anticristiana de los reformistas famosos, pero de nada sirvió. Menno Simons escribe acerca de esta sangrienta crueldad por medio de la cual miles de anabaptistas fueron ejecutados por las Iglesias protestantes del estado.

Observen, queridos hermanos, cuánto se ha alejado el mundo entero de Dios y su palabra, (...) cuán brutalmente ellos persiguen, difaman y destruyen la verdad de la salvación eterna y el evangelio puro y sin mancha de nuestro Señor Jesucristo, así como la vida devota y piadosa de los santos. Y esto lo hacen no sólo los papistas y los turcos, sino también en

---

<sup>10</sup> Pfister, Óscar: *Christianity and Fear* (“El cristianismo y el temor”), pp. 418–419, 427–428.

gran parte los que presumen de la palabra de Dios, aunque en sus primeros escritos ellos tuvieron mucho que decir con relación a la fe, que es el don de Dios y puede surgir en los corazones de los hombres sólo por medio de la palabra, por cuanto es una aceptación de corazón y voluntad. Pero este principio durante algunos años ha sido nuevamente desechado por los teólogos y, en mi opinión, ha sido borrado de sus libros. *Ya que los señores y los príncipes, las ciudades y los países se han identificado a sí mismos con su doctrina carnal*, ellos han publicado mucho la opinión contraria, la cual es muy evidente en sus propios escritos. Y a través de sus publicaciones provocadoras y sus sermones ellos entregan en las manos del verdugo a muchos corazones piadosos y temerosos de Dios que *los contradicen, los reprenden y los amonestan con la clara palabra de Dios y les hacen ver los verdaderos fundamentos de la santa palabra*, o sea, la poderosa fe que obra por medio del amor, la nueva vida penitente, la obediencia a Dios y a Cristo y las verdaderas ordenanzas evangélicas del bautismo, la cena del Señor y la disciplina, tal y como el propio Jesucristo las instituyó y las mandó y sus santos apóstoles las enseñaron y practicaron. Sí, todos los que por amor insisten en esto deben ser acusados de anabaptistas, agitadores, sediciosos y herejes. Todos los piadosos pueden esperar esto de parte de ellos. Sin embargo, todos y cada uno de ellos, ya sean señores, príncipes, predicadores, teólogos o gente común, sean papistas, luteranos o los seguidores de Zwinglio, desean ser llamados la congregación cristiana, la santa Iglesia.<sup>11</sup>

Podríamos destacar dos cosas en particular en el pasaje citado anteriormente: En primer lugar, Menno afirma que los anabaptistas reprendieron y profetizaron en contra de los pecados de sus perseguidores. Recuerdo haber leído acerca del juicio de un anabaptista que compareció en calidad de acusado ante sus jueces y varios predicadores de la Iglesia oficial del estado, uno de los cuales gritó: *“Dieser Hermann hat sich gegeben zu einer verdammten Sekte, die uns verdammt!”* (“Este hombre se ha entregado a una secta maldita que nos maldice.”) Sin duda, las conciencias de los reformistas se declararon culpables ante el testimonio intrépido de los anabaptistas. En segundo lugar, debemos destacar que Menno observa un cambio en los propios reformistas: si al principio ellos habían sido valientes en sus convicciones de que la fe debía ser voluntaria, pronto cambiaron cuando se dieron cuenta que ellos necesitaban el apoyo de los gobernantes si

---

<sup>11</sup> *The Complete Works of Menno Simons* (“Obras completas de Menno Simons”), 147a/I, 196a.

querían que su “reforma” fuera un “éxito”. Esta observación no fue hecha solamente por Menno Simons. Un estudioso de la historia de la Reforma, Harold J. Grimm, de la Universidad de Indiana, al escribir en 1954, dice lo siguiente:

Con razón, el acto valiente de Lutero en Worms ha sido considerado como un paso importante en la historia del desarrollo de la libertad religiosa. Él sostuvo firmemente que las autoridades tanto de la Iglesia como del Imperio tenían la obligación de convencerlo a él, un individuo, de sus errores antes de condenarlo. Por otra parte, este paso aún distaba mucho de un individualismo religioso completo y de la negación de autoridad. Esta posición, apoyada por la historia posterior del reformista, muestra que él creía firmemente que por medio de su experiencia religiosa personal y el estudio *él había llegado a la verdad religiosa absoluta, la cual no permitía ninguna interpretación individual*. Era su deber mostrarles a las autoridades esta verdad, *y ellos estaban en la obligación de defenderla. Si el papado no lo hacía, él se volvería al gobierno. Si el emperador se negaba a hacerlo, entonces él se volvería a los señores regionales*.<sup>12</sup>

Lutero tuvo éxito en sus planes, *tal vez en gran parte porque los señores regionales estaban buscando alguna vía de evitar la interferencia de la Iglesia Católica* y recibieron con beneplácito esta oportunidad de abrazar la causa de “la libertad” al apoyar al reformista. Sin embargo, cuando los campesinos trataron de poner en práctica esta “libertad” para sí mismos al derrocar a los señores regionales tiránicos y lograr la independencia, Lutero se enfureció contra ellos:

Por cuanto, si un hombre es un rebelde manifiesto, cada hombre es su juez y su verdugo, así como cuando un fuego comienza, el primero en extinguirlo es el mejor. (...) Por tanto, todos los que pueden deben golpear, asesinar y apuñalar, secreta o abiertamente, recordando que nada puede ser más pernicioso, dañino o diabólico que un rebelde. Es como cuando uno tiene que matar a un perro rabioso; si no lo golpeas, él te golpeará a ti y a todos los demás. (...) Que apuñale, golpee y asesine quienquiera que pueda. ¡Si mueres en el intento, bien por ti! *Nunca podrás tener muerte más bendita que ésta*, ya que mueres en obediencia a la palabra divina y al mandamiento en Romanos 13, sirviendo en amor a tu prójimo a quien estás rescatando de las garras del infierno y el diablo. Un rebelde

---

<sup>12</sup> Grimm, Harold J., *The Reformation Era* (“La época de la Reforma”), p. 139.

no es digno de ser respondido con argumentos, pues él no los acepta. La respuesta a tales labios deberá ser el puño que saca el sudor de tal nariz. Los campesinos no escucharán; ellos no permitirán que nadie les diga nada. Sus oídos deben ser abiertos con balas, hasta que sus cabezas se desprendan de sus hombros. (...) Con los campesinos obstinados, insensibles y ciegos, que nadie tenga misericordia, sino que todos los que puedan los golpeen, apuñalen y maten como si estuvieran entre perros rabiosos, (...) para que puedan mantenerse la paz y la seguridad. (...) Y no cabe duda que éstas son obras preciosas de misericordia, amor y bondad, ya que en la tierra no hay nada peor que el disturbio, la inseguridad, la opresión, la violencia y la injusticia.<sup>13</sup>

Los escritos de Lutero sobre la Guerra de los Campesinos están llenos de expresiones semejantes a las anteriores. Cuando en sus últimos años él fue criticado por semejante lenguaje violento y por incitar a los señores regionales a una matanza despiadada (ellos mataron a más de 100.000 campesinos), Lutero respondió en un tono desafiante:

Fui yo, Martín Lutero, quien mató a todos los campesinos en la insurrección, ya que fui yo quien ordenó que los mataran. Toda su sangre está sobre mis hombros. Pero yo la eché sobre nuestro Señor Dios quien me mandó hablar de esa manera.<sup>14</sup>

Más lamentable aun fue que Lutero reaccionó con igual violencia contra los anabaptistas que trataron de aplicar el principio de “la libertad” para sí mismos. Aunque él sabía que había tanto anabaptistas no resistentes e inofensivos como grupos radicales de revolucionarios sociales, él los condenó a todos por igual, favoreciendo una política de exterminio. También podríamos citar algunas de sus frases violentas en contra de los judíos. Lutero, seguramente defendiendo con los señores regionales la alta corriente del nacionalismo alemán, escribió varios tratados antisemitas horribles, abogando por el saqueo y la matanza o destierro de los judíos, un proyecto nunca materializado hasta Hitler. Fue fundamentalmente el apoyo del poder de los príncipes y gobernantes lo que aseguró el “éxito” del movimiento de Lutero, como se reconoce francamente en la *Enciclopedia Británica* la cual dice:

---

<sup>13</sup> Martín Lutero, *Werke*, edición de Erlangen, Tomo 24, p. 294; Tomo 15, p. 276.

<sup>14</sup> Martín Lutero, *Werke*, edición de Erlangen, Tomo 59, p. 284.

<sup>15</sup> *Enciclopedia Británica*, Tomo 23, p. 11.

De no haberles interesado a los príncipes alemanes imponer sus principios, él nunca hubiera podido ser más que el líder de una secta mística insignificante. Además, él no era estadista. Él fue peligrosamente impetuoso en su temperamento.<sup>15</sup>

Los príncipes alemanes tenían un interés considerablemente egoísta en una reforma que les permitiera quitarse de encima la interferencia de la Iglesia para dejar de pagar diezmos e impuestos a Roma y para confiscar y saquear las ricas propiedades eclesiásticas, granjas y monasterios de la Iglesia Católica.

En todos estos ejemplos de la vida y escritos de Lutero, podemos ver un patrón que se repitió en la carrera de cada uno de los reformistas. A decir verdad, no todos ellos fueron tan crueles y francos como Lutero, pero todos siguieron una política católica romana en la que se repitió, y no fue repudiada, la unión impía de la Iglesia con el estado. Un obispo metodista y estudioso de la era moderna, R. W. Weaver, resume bien nuestras conclusiones alarmantes acerca de la relación entre la Iglesia y el estado, así como la relación entre la Iglesia y el nacionalismo como resultado de la Reforma.

La mentalidad protestante es la precursora de la mentalidad nacionalista y es en gran medida la creadora del patrón de pensamiento dominante de la era que sigue, o sea, el derecho divino de los reyes. Lutero le dio al poder secular una autoridad y dignidad casi, si no completamente, divina: “La mano que empuña la espada no es una mano humana, sino la mano de Dios. Es Dios, no el hombre, quien ahorca a las personas y les tortura. Es Dios quien hace la guerra.” *No exageramos cuando decimos que, aunque la influencia de Lutero en el campo de la religión fue poderosa, su doctrina acerca del estado fue más poderosa en las tierras protestantes que sus doctrinas de la gracia*, e inició una nueva etapa del problema antiguo de la relación del gobierno organizado con la religión organizada.<sup>16</sup>

Antes de la Reforma, los reyes y príncipes estaban sujetos al control de la Iglesia, pero los reformistas introdujeron un nuevo razonamiento sobre el brazo político de la sociedad. Nuevamente algunas palabras tomadas de los escritos de Lutero bastarán para mostrar la nueva actitud que pronto convirtió al estado en el gran poder centralizador y convirtió a la Iglesia en nada más que otro brazo del gobierno, de modo que

---

<sup>16</sup> Weaver, Rufus W., *The Revolt Against God* (“La sublevación contra Dios”), p. 155.

pronto cada pequeño principado alemán tenía su Iglesia oficial, tal y como tenía su oficina de correos y su ópera de estado.

Como cristiano, el hombre tiene que sufrir todo y no resistir a nadie. Como miembro del estado, el mismo hombre tiene que robar, asesinar y luchar con gozo, mientras viva. (...) Realmente un príncipe puede ser cristiano, pero no debe gobernar como cristiano. (...) Nadie debe pensar que el mundo es gobernado sin sangre. La espada mundana tiene que ser sanguinaria. (...) De dondequiera que los príncipes obtengan su poder, no nos concierne. Es la voluntad de Dios, sin tener en cuenta si ellos han robado su poder o si lo han usurpado por medio del robo. (...) Si alguien tiene el poder, él lo obtuvo de parte de Dios. Por tanto, él también tiene el derecho. (...) Incluso si las autoridades actúan injustamente, Dios manda que se les deba obedecer sin engaño (...) ya que sufrir injustamente no daña el alma del hombre; esto más bien le es provechoso. (...) Incluso si las autoridades son malvadas e injustas, nadie tiene derecho a oponerse a ellas o a amotinarse en contra de ellas.<sup>17</sup>

Que un cristiano tenga que obedecer y sufrir incluso bajo un gobernante injusto es una verdad bíblica, *pero él no debe nunca participar en la administración de justicia o injusticia*, y fue precisamente esto lo que Lutero nunca vio. Hasta su muerte, él creyó que el cristiano tenía una doble personalidad. Lo que él hacía como cristiano, lo hacía en su *vida privada* (¡sí, él incluso debía ser no resistente en esta área!); sin embargo, cuando el estado lo convocaba a hacer algo, él debía obedecer indiscutiblemente, como *un ciudadano, un hombre público*. Desobedecer incluso al estado injusto era desobedecer a Dios. ¡En semejante sistema, en el caso de lealtades en conflicto, el deber del cristiano debe siempre rendirse al deber del ciudadano! Lutero también dejó bien claro que, si él fuera un ministro cristiano que vive en un estado mahometano, él obedecería al Sultán e iría a la guerra a matar cristianos. Pero la Biblia no enseña en ninguna parte semejante dualismo extravagante. Cada hombre tiene sólo un alma, y somos responsables ante Dios por las obras hechas en el cuerpo. No importa si pecamos o no a la orden del estado. Eso sigue siendo pecado. Los apóstoles dijeron: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5.29). Los apóstoles fueron acusados (véase Hechos 17.7) de actividad subversiva y traidora

---

<sup>17</sup> Martín Lutero, *Werke*, edición de Weimar, Tomo 30, p. 1, passim.

porque ellos enseñaban que había un Poder Supremo ante el cual somos responsables, un Poder superior al estado: “Y todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús”. ¡Amén!

La Reforma protestante fracasó al no reformar el error católico romano de la relación entre la Iglesia y el estado. Y al fracasar en esto, la misma fracasó en uno de los problemas más cruciales que se le presentó.

Al considerar el octavo abuso católico romano que enfrentaba cualquier reformista, debemos preguntarnos, ¿acaso la Reforma protestante recuperó la enseñanza del Nuevo Testamento sobre la iglesia? ¿Abolieron ellos el concepto católico romano de una Iglesia de las masas, compuesta de miembros en virtud de la nacionalidad y la geografía, por medio del “bautismo de infantes” antes que la fe que salva? Nuevamente la respuesta tiene que ser *no*. Ellos no restauraron su Iglesia al estándar del Nuevo Testamento de una iglesia compuesta sólo de creyentes, de los nacidos de nuevo, de discípulos lavados en la sangre de Cristo. Todos y cada uno de los reformistas retuvieron y defendieron una Iglesia no bíblica, fundada en el bautismo de infantes y que incluía como miembros a todos los habitantes de un país “cristiano”. En este fracaso en específico, esta traición adicional de las metas de una verdadera reforma, como en todos los otros fracasos, no se puede justificar a los reformistas famosos por medio de la mala excusa que “de todas formas, ellos hicieron lo mejor que pudieron”. La tragedia de esto es que ellos consideraron y *rechazaron*, fría y deliberadamente, el estándar bíblico de una iglesia de creyentes. Ellos sabían de otros que escogieron seguir el estándar bíblico, y no sólo rechazaron su convicción, sino que además trataron de exterminar a los verdaderos cristianos por medio del fuego y la espada. Aquellos otros que se mantuvieron fieles a su Señor y a su estándar para la iglesia fueron los anabaptistas.

Varios estudiosos imparciales de la historia de la época de la Reforma han llegado a la misma conclusión: Los anabaptistas llevaron a cabo la verdadera labor que enfrentaba la Reforma, y los protestantes fracasaron. Roland H. Bainton intenta atribuirle una razón a esto:

El ideal de la restitución o la restauración era común en la era de la Reforma, y todos los grupos deseaban restaurar algo. La diferencia estaba sólo en cómo y cuán lejos retroceder.<sup>18</sup> *Lutero deseaba restaurar la Iglesia de principios de la Edad Media; para él la gran corrupción*

---

<sup>18</sup> El autor de este artículo hizo uso de las letras cursivas en las citas.

estaba en el auge del poder temporal del papado en el siglo VIII. *Los anabaptistas retrocedieron mucho más que cualquier otro grupo y se volvieron exclusivamente al Nuevo Testamento.* Incluso dentro del Nuevo Testamento ellos tuvieron la tendencia de ignorar a Pablo e imitar sólo a Jesús. Es por ello que [su] ideal de la Restauración tiende a coincidir con el ideal de la imitación de Cristo.<sup>19</sup>

Esto no quiere decir que ellos rechazaron a Pablo, sino más bien que ellos simplemente tuvieron por Señor a Cristo quien vivía en ellos, en lugar de sacar la doctrina de Pablo de la justificación fuera de su contexto del Nuevo Testamento e inventar (como los protestantes) una doctrina no bíblica de la salvación de gracia barata basada en la frase *sola fide* (“sólo cree”). El propio Pablo dice, “Cristo *en* vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1.27), esto es, Cristo no sólo es *contado* por nuestra justicia, sino que su justicia también *se cumple* en nosotros (véase Romanos 8.4; 13.10). Además, Pablo dice: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo” (1 Corintios 11.1). Otro gran estudioso, Hoffmann, dice:

Las raíces de los reformistas están fundamentalmente en San Pablo, mientras que los bautistas prefirieron la enseñanza de Jesús, con sus imperativos éticos y sus esperanzas escatológicas (...). *En este aspecto realmente los bautistas se acercaron más al cristianismo bíblico que los reformistas*, aunque los reformistas también convirtieron al cristianismo bíblico en su objetivo.<sup>20</sup>

Hall, al comparar el anabaptismo y el protestantismo en su *History of Ethics Within Organized Christianity* (“La historia de la ética dentro del cristianismo organizado”), hace el siguiente comentario sagaz:

Todo lo que encontramos entre los anabaptistas también está presente en el Nuevo Testamento. (...) Si adoptar el Nuevo Testamento literalmente es *protestantismo*, entonces, a diferencia de Lutero, Calvino y Zwinglio, los anabaptistas eran los verdaderos protestantes. Ellos basaron su enseñanza en la estimación de Lucas de la pobreza o en el comunismo del libro de los Hechos o en la libertad del espíritu en el sentido paulino. (...) Ellos adoptaron el Sermón del Monte literalmente y rechazaron con más o menos exactitud todas las cosas no ordenadas por la Biblia.

<sup>19</sup> Bainton, Roland H., citado en *Church History* (“La historia de la iglesia”), junio, 1955; p. 150.

<sup>20</sup> Hoffmann, citado por Pfister en *Christianity and Fear* (“El cristianismo y el temor”), p. 468.

Por lo general, ellos se dieron cuenta, *no así los reformistas*, que el cristianismo primitivo se oponía inherentemente al orden social existente y no cristiano. Por supuesto, ellos no encontraron nada en el Nuevo Testamento que justificara la magia sacramental, porque la misma no está ahí. Todo esto no es nuevo en la historia de la iglesia. Desde la época de Joviano y Claudio de Turín, desde los días del cristianismo británico primitivo hasta los valdenses y los lolardos, el Nuevo Testamento siempre ha forjado hombres que lo han tomado en serio y han puesto a prueba un punto u otro del cristianismo dogmático tradicional, comparándolo con el Nuevo Testamento. Y como el cristianismo dogmático no se fundamenta en el Nuevo Testamento, el mismo nunca ha pasado la prueba. (...) La pequeña nobleza y los líderes reformistas se aprovecharon de la sublevación de Múnster y las guerras campesinas *para cumplir sus propios propósitos de reestablecer su poder sobre la base de las Iglesias provinciales y nacionales como herederas del imperialismo rechazado*. La marcada insensibilidad de Zwinglio al torturar a su antiguo amigo Baltasar Hubmeyer y obligarlo mediante amenaza de muerte a una confesión falsa y humillante concuerda con la actitud de Calvino hacia Servet o la de Lutero hacia Carlstadt. No hay nada en las enseñanzas de los anabaptistas que no pueda mostrarse haber tenido en algún momento el apoyo de los reformistas ortodoxos. El misticismo se mezcló con la enseñanza de Lutero, el legalismo y la rebelión sangrienta con la de Calvino y Knox. Zwinglio estaba indeciso a causa del bautismo de infantes y sí mutiló hasta el fin al sacramentarianismo mágico de la Cena del Señor. *Era una cuestión de poder, orden y sumisión a los nuevos herederos del imperialismo católico y no una cuestión de “pureza evangélica” o “corrección dogmática”* que separó a los reformistas de sus hermanos perseguidos y despreciados. (...) Es cierto que los reformistas ortodoxos también profesaban adoptar la letra de las escrituras como su guía y, además, afirmaban tener la dirección del Espíritu Santo. Pero ellos no la adoptaron tan seriamente como los anabaptistas, *ni tampoco se permitieron ser llevados por la escritura demasiado lejos de las interpretaciones e ideales de los príncipes protestantes en Alemania o de la burguesía militar en Suiza*. De hecho, todos ellos siempre fueron, sin duda inconscientemente, la máxima expresión de la naciente, sensata y bien equilibrada clase media.<sup>21</sup>

Otro estudioso contemporáneo, Joseph M. Dawson, al escribir sobre los orígenes de la libertad religiosa que se disfruta hoy por

---

<sup>21</sup> Hall, *History of Ethics Within Organized Christianity* (“La historia de la ética dentro del cristianismo organizado”), p. 505.

todos en los Estados Unidos de América, se da cuenta que la misma no provino de los reformistas intolerantes, sino de los anabaptistas.

No fue el protestantismo como tal, sino que fueron los pequeños grupos no conformistas independientes, que aceptaron las mayores implicaciones de Lutero y Calvino, que lograron una total libertad religiosa y la separación de la iglesia y el estado.<sup>22</sup>

Ni los “Pilgrim Fathers” ni los puritanos trajeron la libertad religiosa a Norteamérica. Al contrario, ellos azotaron y quemaron en la hoguera a los cuáqueros, engañaron a los indios, etc. Fueron los bautistas, directamente influenciados por los anabaptistas del Antiguo Continente, quienes pudieron escribir como lo hizo Roger Williams:

La iglesia cristiana no persigue; no más que una azucena araña a las espinas o un cordero persigue y desgarrar a los lobos. (...) La religión cristiana no puede propagarse por medio de la espada civil.<sup>23</sup>

## Conclusiones

Después de haber analizado los antecedentes del movimiento protestante en cada uno de los ocho abusos flagrantes del catolicismo y luego de haber visto cómo los reformistas famosos no llevaron a cabo una verdadera reforma, nosotros podríamos analizar también los resultados políticos y sociales del movimiento. Ya hemos destacado el hecho de que el movimiento protestante no fue sólo un movimiento religioso, sino también una agitación política de largo alcance del nacionalismo. Después de las enseñanzas de los reformistas y sus partidarios, por toda Europa se propagó una ola de decadencia moral, persecuciones, revolución y “guerras religiosas”. Una nación se levantó contra otra, el hermano contra el hermano y los grandes ejércitos de rapiña entrecruzaron el mapa de Europa, donde la agitación política, el saqueo y la brutalidad se convirtieron en el orden del día.

A esto le siguió un siglo y cuarto de guerra intermitente. Para cuando elaboraron la paz de Westfalia en 1648, después de treinta años

---

<sup>22</sup> Dawson, Joseph M., *Liberty* (“Libertad”), p. 28.

<sup>23</sup> Dawson, Joseph M., *Liberty* (“Libertad”), p. 28.

de guerra continua e intriga, Europa estaba en ruinas. “Los verdaderos perdedores en la guerra fueron los alemanes. Más de 300.000 habían sido muertos en batalla. Millones de civiles habían muerto a causa de la malnutrición y las enfermedades, y las tropas indisciplinadas y errantes habían robado, quemado y saqueado a su antojo. La mayor parte de las autoridades creen que la población del Imperio descendió de aproximadamente 21.000.000 a 13.500.000 entre 1618 y 1648. Incluso si las mismas exageraran, la Guerra de los Treinta Años queda como una de las más terribles en la historia.”<sup>24</sup> No sólo la matanza de millones de civiles inocentes provoca nuestra piedad y angustia, sino también las crueles atrocidades cometidas contra los pacíficos mártires anabaptistas en el nombre de la religión. El gran historiador de la iglesia bautista, A. H. Newman, se ve obligado a formular la siguiente pregunta acerca de toda la matanza sangrienta:

¿Nos vemos obligados a preguntar si hubo necesidad de esta guerra; si la misma fue la única manera en que los protestantes y los católicos pudieron enseñarse a respetar los derechos de cada cual? No podemos responder. Sin embargo, tenemos razones serias para dudar si el destructor [Lutero] del cristianismo evangélico antiguo y el padre del *gran movimiento protestante político-eclesiástico*, que suscitó la Contrarreforma y los jesuitas y que directa e indirectamente condujo a la Guerra de los Treinta Años, fue, después de todo, tan gran benefactor del género humano y promotor del reino de Cristo como comúnmente se ha creído.<sup>25</sup>

No sólo fue la pérdida de vidas humanas, sino también la ruina de los negocios, las artes, la educación y el abandono de pueblos y ciudades que quedaron con una decadencia moral espantosa, la cual se apoderó de la mayoría de los sobrevivientes. El nacionalismo había nacido en todo su “esplendor” y se había librado la primera gran guerra “mundial” europea, una guerra internacional.

Resulta doloroso que los primeros anabaptistas fueran perseguidos tanto por los católicos como por los protestantes. Esto sucedió en Suiza, Bélgica, Holanda, Italia, España, Alemania, Francia e Inglaterra y se

---

<sup>24</sup> Según escribió el profesor Gerhard Rempel en un resumen de cinco páginas acerca de la Guerra de los Treinta Años, elaborado el día 10 de septiembre, 2002, tomado de:

<http://mars.wnec.edu/~grempe/courses/wc/lectures/30yearswar.html>

<sup>25</sup> Newman, A. H., *A Manual of Church History* (“Un manual de la historia de la iglesia”), Tomo II. p. 411.

mantuvo así por mucho tiempo. Fue por ello que miles de anabaptistas abandonaron Europa para buscar la libertad religiosa en Norteamérica. Fueron los anabaptistas los verdaderos campeones de la libertad religiosa, no los protestantes ni los católicos.

Estos hechos sobre las consecuencias trágicas del movimiento protestante causan asombro. Especialmente debido a que se ha cultivado por sus seguidores una leyenda sobre la infalibilidad y la santidad inmaculada de los reformistas famosos, y muchas personas han sido engañadas involuntariamente.

Si preguntamos si los primeros anabaptistas tuvieron una razón poderosa para rechazar el protestantismo y repudiar a los reformistas famosos, tenemos que decir, ¡Sí! En realidad, el anabaptismo fue más que el protestantismo. Existían cuatro puntos principales de diferencia entre el movimiento anabaptista y el movimiento protestante.

### **1. La revelación de autoridad**

Tanto los anabaptistas como los protestantes afirmaban aceptar la autoridad de la palabra de Dios, pero sólo los anabaptistas aceptaban a Cristo como la autoridad final, el árbitro absoluto de toda vida, la apelación final en todos los conflictos de fidelidad y lealtad. Ellos aceptaban a Cristo como *Señor* y rechazaron la doctrina de “sólo cree” (en Cristo como *Salvador*) que fue el centro de la enseñanza protestante. Los anabaptistas creían que Cristo tenía que ser tanto nuestro Salvador como nuestro Señor, mientras que los protestantes apelaban a él como Salvador pero obedecían la autoridad de los príncipes y gobernantes y las tradiciones del cristianismo de principios de la Edad Media. La restitución o reforma de los anabaptistas fue el rescate del señorío de Cristo, Cristo como el Señor de la moralidad universal, sin hacer excepciones de personas o posiciones, mandándoles a todos los hombres en todas partes a arrepentirse y a doblar la rodilla ante él.

### **2. La proclamación de autoridad**

Los anabaptistas creían que las buenas nuevas de la Gran Comisión eran para proclamar la salvación y el señorío de Cristo a todos los hombres. Ellos consideraban su mensaje aplicable a todos los hombres, sin exceptuar a los miembros de otras denominaciones ni a los magistrados gobernantes (quienes eran llamados a arrepentirse, a deponer su poder mundano y a seguir sólo a Cristo). Los anabaptistas entendían que esta Gran Comisión

unía a cada creyente en el sacerdocio de todos los creyentes y veían como el principal propósito de la iglesia el de ser una comunidad misionera que debía nutrir y disciplinar a las personas, que fuera por todo el mundo, declarando el poder del Cordero para liberar, conquistar y juzgar a las almas. En cambio, los protestantes aceptaban la Iglesia territorial de las masas, obediente a la religión de su propio gobernante y a los sacerdotes y pastores nombrados por la Iglesia del estado.

¡Una de las curiosas verdades de la historia de la iglesia es que los reformistas protestantes y sus seguidores rechazaron la Gran Comisión por la teoría no bíblica de que la misma fue cumplida por los apóstoles! Los anabaptistas iban a todas partes predicando el evangelio y desafiando las órdenes de la Iglesia del estado para que dejaran de hacerlo. La respuesta favorita de los anabaptistas a sus perseguidores por prohibirles predicar el evangelio era el versículo: “De Jehová es la tierra y su plenitud”. Por tanto, ellos iban por todo el mundo con denuedo y audazmente para llevar a cabo la Gran Comisión a pesar de toda la oposición. Sin embargo, los protestantes, al creer que sólo el estado era responsable de proveer para la predicación del evangelio, afirmaban de forma violenta que los cristianos no tenían nada que ver en la Gran Comisión. Aberly, en su libro, *An Outline of Missions* (“Un bosquejo de las misiones”), trata de explicar este extraño rechazo protestante de la Gran Comisión y las misiones.

El retorno de los reformistas al mensaje paulino de la salvación por medio de la gracia, tanto para los judíos como para los gentiles, debió ir aparejado al programa misionero del gran apóstol para los gentiles. Sin embargo, los protestantes, al menos hasta después de la Guerra de los Treinta Años, estaban ocupados en conflictos de los cuales dependía su propia existencia. (...) Las deducciones lógicas de los principios establecidos son formuladas poco a poco cuando las mismas se oponen a las costumbres prevalecientes. Se suponía que el apoyo de la iglesia era la responsabilidad del estado. Durante mucho tiempo se creyó, incluso por los teólogos, que la comisión del Señor de ir y hacer discípulos a todas las naciones había sido dada sólo a los apóstoles y había sido cumplida por ellos. Se pensaba que las naciones que habían desaprovechado o rechazado la oportunidad dada entonces debían dejarse a su destino bien merecido. (...) Teodoro Beza, de entre los reformados, le respondió a Saravia en 1592, para refutar su opinión de que la comisión de predicar el evangelio a todas las naciones fue dada a la iglesia para todos los

tiempos. Entre los luteranos algunos laicos prominentes sacaron el tema de las misiones a colación. Uno de ellos fue el Conde Truchses quien se dirigió a la facultad teológica en Wittenberg sobre ciertos escrúpulos que él tenía y se expresó de la siguiente manera: “Teniendo en cuenta que la fe llega sólo por medio de la predicación, no tengo idea como el Este, el Sur y el Oeste se convertirán a la única fe que salva porque no veo a nadie de la Confesión de Augsburgo ir allí”. La pregunta fue respondida por la facultad de Augsburgo la cual dijo en esencia que la comisión de Jesús se aplicaba sólo a los apóstoles y que ellos ya la habían cumplido. Además de esto, dijeron que no es la iglesia sino el estado quien tiene la responsabilidad de proveer para la predicación del evangelio.<sup>26</sup>

Esta posición no bíblica e ignorante prevaleció entre los protestantes durante casi dos siglos. Una de las ironías de la historia es que mientras que los antepasados protestantes rechazaron la Gran Comisión y los antepasados anabaptistas la creyeron y practicaron fervientemente, en la actualidad hay algunos grupos descendientes de los anabaptistas que en realidad se oponen a las misiones y rechazan la Gran Comisión, ¡afirmando que la misma fue sólo para los apóstoles y que fue cumplida por ellos!

### **3. La aplicación de autoridad**

Los anabaptistas creían en el establecimiento libre y la protección de una iglesia disciplinada, compuesta sólo de discípulos nacidos de nuevo, unidos en un compromiso voluntario y espontáneo a guardar las normas y la disciplina del Nuevo Testamento como se interpretara y se aplicara por y a través de la hermandad. Los protestantes rechazaban una iglesia disciplinada de discípulos voluntarios y defendían una Iglesia de las masas, compuesta de personas bautizadas como infantes. Calvino sí llevó a cabo cierta disciplina de la Iglesia por medio del poder de las picotas, los azotes, las mutilaciones y la horca por las transgresiones (tales como el juego y el juramento).

### **4. El conflicto de autoridad**

Los anabaptistas creían que el verdadero cristiano no puede hacer uso de la fuerza ni aun ejercitarse en el reino de la justicia mundana; él es más bien un profeta de Dios, llevando el testimonio de la cruz de Cristo, que siempre padece oposición debido a que no puede permanecer callado o indiferente o tolerante ante la presencia del mal y queda como un obstáculo ante todo pecado.

<sup>26</sup> Aberly, *An Outline of Missions* (“Un bosquejo de las misiones”), pp. 47–48.

El verdadero cristiano es un testimonio radiante contra toda autoridad humana que demanda la absoluta lealtad que los hombres sólo pueden darle correctamente a Cristo el Señor; y por tanto el verdadero discípulo de Cristo es siempre visto como una amenaza para la seguridad humana, el compromiso y la falsa paz y siempre tiene que sufrir enemistad, rechazo y reproche por parte del mundo.

Los protestantes creían que el mundo podía ser “cristianizado” y que si había algún conflicto entre el deber de un hombre para con Cristo y su deber para con el estado, él debía primero obedecer al estado para que la sociedad no colapsara en la anarquía.

Podríamos resumir brevemente estas cuatro diferencias al recordar que la Reforma anabaptista era la restauración de la autoridad de Cristo como Señor sobre sus discípulos en todos los aspectos de su vida, mientras que la Reforma protestante solía convertirse en el rechazo de la autoridad Católica Romana a favor de la autoridad de los príncipes y gobernantes y sus Iglesias territoriales. Brevemente, los anabaptistas creían que la verdadera iglesia era:

1. una iglesia de *discípulos* que obedecían al Señor.
2. una iglesia de profetas misioneros, que testificaban a todos los hombres.
3. una iglesia disciplinada, santa y pura.
4. una iglesia que es no resistente, que lleva la cruz y es sufrida.

Querido lector, te suplicamos por el amor de Dios y su santa palabra que seas fiel primero a él y que reconozcas que esta primera lealtad no te permitirá acompañar a las multitudes que van a la deriva. Sal de entre ellos y busca la hermandad con una iglesia que sea fiel a las enseñanzas de Cristo y los apóstoles o forma una iglesia semejante en tu localidad con discípulos del Señor que sean de la misma opinión. Si estás traicionando el verdadero evangelio por el cual vivieron y murieron los apóstoles y los anabaptistas, te suplicamos que te arrepientas y regreses a la verdad y prácticas bíblicas. La verdadera iglesia es la novia de Jesucristo comprada con sangre, no la Iglesia ramera que se pasea de la mano de los reinos de este mundo. Amén.

—William R. McGrath









Los anabaptistas del siglo XVI creían que las buenas nuevas de la Gran Comisión eran para proclamar la salvación y el señorío de Cristo a todos los hombres. Ellos consideraban su mensaje aplicable a todos los hombres, sin exceptuar a los miembros de otras denominaciones ni a los magistrados gobernantes (quienes eran llamados a arrepentirse, a deponer su poder mundano y a seguir sólo a Cristo).

Los anabaptistas entendían que esta Gran Comisión unía a cada creyente en el sacerdocio de todos los creyentes y veían como el principal propósito de la iglesia el de ser una comunidad misionera que debía nutrir y disciplinar a las personas, que fuera por todo el mundo, declarando el poder del Cordero para liberar, conquistar y juzgar a las almas.

En cambio, los católicos y *los protestantes* aceptaban la Iglesia territorial de las masas, obediente a la religión de su propio gobernante y a los sacerdotes y pastores nombrados por la Iglesia del estado.

# Los *A*nabaptistas

*Ni católicos  
ni protestantes*



- ¿Son todos los cristianos o católicos o protestantes?
- ¿Acaso los reformistas restauraron una iglesia bíblica?
- ¿Promovieron los reformistas la libertad de religión?